

Una lectura sociológica de la cultura del urbanismo

JORGE E. BRENNAN BECERRIL* | GEORGINA ISABEL CAMPOS C.**

ESTE TRABAJO PROPONE UNA LECTURA desde la sociología urbana que nos permite visualizar un entorno emanado de la modernidad como dimensión del cambio y la innovación: la ciudad como un espacio material y objetivo, a la vez con una cultura intrínseca. Desde la perspectiva anterior, la propuesta que aquí se enuncia es pensar el urbanismo *desde y para* el ámbito social; en específico pensarlo desde la mirada de la sociología urbana, la cual tiene por objeto el estudio del ser humano, sus interacciones en el ámbito urbano, lo que propiamente nos llevará a reconocer valores, aspiraciones, objetivos singulares como parte de una cultura que se crea y recrea en la ciudad.

Palabras clave: urbanismo, modernidad, cultura urbana, sociología urbana.

THIS BRIEF WORK PROPOSES A READING from urban sociology that allows us to visualize an environment emanating from modernity as a dimension of change and innovation: the city as a material and objective space and, at the same time, with an intrinsic culture, which holds and Threatens to destroy the singularity of an individual prone to the roots, to the identities and customs that he produces and reproduces in his daily social practice. The proposal here is to think of urbanism from and to the social sphere; In particular, to think of urbanism from the perspective of urban sociology, which aims at the study of human beings, their interactions in the urban environment, which properly lead us to recognize values, aspirations, singular objectives as part of a culture that is created and recreated in the city.

Key words: urbanism, modernity, urban culture, urban sociology.

* Profesor-investigador en el Departamento de Relaciones Sociales de la UAM-Xochimilco.

** Profesora en la Maestría en Urbanismo de la UAEM.

Introducción

La sociología llanamente se ostenta como la ciencia que se ocupa del individuo como un ser social; el urbanismo, como disciplina, supone retos teóricos y metodológicos dado que su objetivo final es ofrecer una forma singular de organización constructo-espacial. Como concepto implica el cómo se practica el ordenamiento espacial, es decir, la manera como se explica hoy la ciudad y su organización como *espacio materialmente construido*. Sin embargo, detrás de su organización, planeación, sistematización y construcción, no son menos importantes las formas específicas de comportamientos de las personas que habitarán y experimentarán la ciudad, y en ello radica la importancia de la sensibilidad y la intuición propias del arte de construir generando espacios con propiedades esenciales (accesibilidad, utilidad y sustentabilidad). Este trabajo propone una lectura desde la sociología urbana que nos permite visualizar un entorno emanado de la modernidad como dimensión del cambio y la innovación: a la ciudad como un espacio material y objetivo y, a la vez, con una cultura intrínseca, que sujeta y amenaza con destruir la singularidad de un individuo proclive al arraigo, a las identidades y las costumbres que produce y reproduce en su práctica social cotidiana. Desde la perspectiva anterior, la propuesta que aquí se enuncia es pensar el urbanismo *desde y para* el ámbito social; en específico pensarlo desde la mirada de la sociología urbana, la cual tiene por objeto el estudio del ser humano, sus interacciones en el ámbito urbano, lo que propiamente nos llevará a reconocer valores, aspiraciones, objetivos singulares como parte de una cultura que se crea y recrea en la ciudad.

Desde esta óptica, es importante recuperar los aportes de Louis Wirth, uno de los pioneros de la Escuela Sociológica de Chicago, quien buscó generar las bases de una teoría del urbanismo a partir de sus propuestas analíticas. Lo singular de su propuesta estriba en su concepción del urbanismo como un *modo de vida*; dicha caracterización no es una exaltación sino una crítica a lo urbano concebido como el *distintivo de la vida moderna* y sus efectos en el individuo, su conducta, su personalidad y en la totalidad de sus relaciones. Los trabajos de Louis Wirth son materiales clásicos en el espectro de las teorías básicas de disciplinas como la sociología urbana, del urbanismo, de la geografía y de la antropología, que lo hacen imprescindible para adentrarnos al urbanismo como disciplina, como práctica,

como experiencia y, más aún, como *modo de vida*. Por ello, el objeto de este texto es introducirnos a las fuentes filosóficas y teóricas que sedimentaron el interés de Louis Wirth por la ciudad; para ello nos acercamos a descubrir la influencia que tuvo Georg Simmel en el universo intelectual de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, pero sobre todo en la llamada Escuela de Chicago, en la que se puede evidenciar su influencia, precisamente, en Louis Wirth, lo que nos permite comprender cómo el urbanismo, antes que disciplina, es concebido como un modo de vida, es decir, como una cultura. En la reflexión de ambos autores se enfatizan los efectos sobre el interior del individuo (mundo subjetivo) causados por los llamados males de la modernidad (mundo objetivo) tales como la racionalidad, el cálculo, la indolencia, la represión de los instintos, la moralidad, entre otros, primero reconocidos por Nietzsche, luego por Simmel, productos de una sociedad urbana y posteriormente confirmados por Wirth en un ambiente/entorno complejo dentro de la ciudad moderna.

Nos parece oportuna esta reflexión, porque nos revela a Simmel como un teórico social que establece una ruptura con los cánones científicos –positivistas– y culturales de su época, permitiendo la posibilidad de construir y actualizar los principios y los métodos con los que las ciencias sociales y las humanidades se acercan a una realidad social en la que sujeto y objeto mantienen una relación estrecha y compleja entre sí.

Georg Simmel y las formas de socialización

La ciudad moderna que se develaba a mitad del siglo XIX fue para Simmel su más caro objeto de estudio: desde una mirada intuitiva (hoy considerada como la cristalización de la mirada sociológica) analiza la vida en la urbe para explicarse el sentido que ésta conlleva. La apuesta de Simmel y su método caracterizado por una *mirada intuitiva* exige una cierta dosis de *instinto*, lo que significa que, en lo típico, se hallan singularidades más allá de lo sistemático; trata de allanar en lo fortuito, antes que afirmar esencias y significados unívocos de las cosas, intentar vislumbrar lo superficial y lo transitorio.

De esta forma, la ciudad es el entorno que acoge los cambios, pero no son en específico las transformaciones físicas o espaciales las que le ocupan, sino el impacto que tuvieron en la vida interior de los individuos, es

decir, se ocupa de la subjetividad, a la cual considera como la pluralidad de los estilos en que los individuos aportan su manera inconfundible y distintiva en los objetos que les rodean en lo cotidiano. Esta propuesta teórica es producto del análisis de un marco temporal específico: Europa se mostraba al mundo como el escaparate de la modernidad floreciente, siendo lo característico los procesos de urbanización que de manera espacial se manifestaron al superar los límites de los centros históricos y, con ello, un aumento del tráfico de gente, mercancías y transportes. De esta forma, aun cuando la modernidad pareciera ser sinónimo de *glamour*, lo cierto es que la ciudad en expansión empezó a generar malestares e incertidumbres sociales como producto de cambios repentinos hasta entonces desconocidos para los individuos. En este sentido, para Simmel es central ocuparse de todas las formas de relaciones tangibles e intangibles a partir de una comprensión peculiar al aislar –analíticamente– las formas de socialización de los contenidos que las estructuran.

La separación entre formas y contenidos logra distinguir analíticamente a las formas de relación como formas de socialización, mismas que son el marco en el que los individuos establecen relaciones particulares que serán, así, los elementos socialmente estables de la vida social, llámense éstos competencia, cooperación, jerarquía –entre otras–, las mismas que Roberto Donoso (1993) considera como el *análisis de actitudes*; mientras que el contenido de la socialización es, en esencia, la materia, el motor –en fin–, el objetivo que se pretende, como la inclinación, el interés, el instinto, los motivos o los fines.

Al reconocer en la socialización las formas singulares de las prácticas sociales se comprende cómo la cultura se crea y se recrea mediante la moda, el consumo y el dinero; es decir, la cultura moderna crea su propio lenguaje a partir del intercambio, así como de una serie de estereotipos que la diferenciará de la vida tradicional-rural. Con ello la cultura urbana produce una modernidad que es considerada como *un malestar* porque entre la *vida subjetiva* (formas de socialización en lo cotidiano) y el *producto objetivo* denominado cultura (arte, moda, consumo, dinero), aun siendo producto de las relaciones sociales, se desprenden del creador, del sujeto, de su origen y cosmovisión y se enfrentan a éste como un ser extraño.

La modernidad es una época que impele al individuo a guiarse predominantemente por la razón violentando e intentado anular las tramas invisibles de la vida social, la colectividad, los encuentros cara a cara, y pre-

tendiendo homogeneizar la individualidad frente a lo colectivo, a partir de contactos superficiales, enfrentándolo a ser un actor que crea y recrea distintas máscaras y personalidades en detrimento de su mundo subjetivo (interior) encumbrando lo externo objetivo. Mirar lo urbano como una cultura que se impone, es la propuesta de Simmel, una cultura que niega y que limita al individuo, trastornándolo, alterando su entorno cotidiano aunque con ello no niega la pervivencia de las formas de socialización en el núcleo primario.

El modo de vida urbano

El entorno que permite a Louis Wirth su análisis es el crecimiento de la ciudad de Chicago en las primeras décadas del siglo XX, la cual se encuentra en una pujante y acelerada expansión y, con ello, la aparición de problemas, cambios abruptos y necesidades imperativas derivadas de la intensa y extensa inmigración europea. Lo que Georg Simmel identificó como una *cultura de lo urbano*, es decir, la modernidad, será nombrado por Louis Wirth como *modo de vida urbano*; para ello analiza y reconoce a la ciudad como una estructura social, económica y política; sin embargo, al igual que Simmel enfatizará en la necesidad de comprender la urbe a partir de lo que sucede dentro de ella. No obstante, su objetivo inicial era generar una teoría social del urbanismo, y para ello caracterizó a la ciudad por su tamaño, densidad y heterogeneidad; sin embargo, su caracterización no limitó su análisis, por el contrario, fue más allá logrando identificar los principales rasgos de la vida urbana moderna y sus efectos sobre las relaciones sociales, en la conducta y en la personalidad de los habitantes de las grandes ciudades, a lo cual denominó *modo de vida urbano*.

Este modo de vida urbano es lo que revela la influencia de Simmel en su pensamiento crítico, ya que para Wirth la vida moderna en la ciudad no se limita a lo espacial, su análisis lo lleva a distinguir la influencia en la conducta del sujeto, lo que determina una forma de vida que se altera en una heterogeneidad pujante que descontrola al sujeto, difuminando o quebrantando los vínculos sociales primarios de toda *comunidad* basados en la confianza, el reconocimiento, el apoyo mutuo que son sustituidos de manera repentina y se consolidan caracterizando a las relaciones en contactos espontáneos, impersonales, superficiales y transitorios. De esta

forma, el modo de vida urbano es singular porque se gesta concentradamente y en un marco de heterogeneidad social; así, la ciudad se visualiza como una mancha, concentrada, latente y en expansión.

Es posible comprender cómo ambos autores nos muestran que no es el crecimiento ni el desarrollo de la ciudad, como espacio, territorio o paisaje, lo que propiamente será la tarea del urbanismo sociológico; y si bien es un modo de vida, entonces visualicemos a la ciudad como consecuencia del quehacer social y cultural, del quehacer económico y político; es, por tanto, un proceso que crea, recrea, re-presenta, nombra y distingue a sus usuarios, a los sujetos o habitantes de otros espacios.

El urbanismo, como modo de vida, no es atribuible ni sólo existe en las ciudades. Al respecto, Wirth precisa: “El urbanismo, ese complejo de rasgos que componen el modo característico de la vida en las ciudades, y la urbanización, que denota el desarrollo y extensión de todos esos factores, no se encuentran pues exclusivamente en establecimientos que son ciudades en sentido físico y demográfico” (1988:165).

Así, el urbanismo es un modo de vida singular en el que la heterogeneidad es una expresión del mismo, la cual provee un sinnúmero de identidades, que en un principio distingue pero también permite identificar; así, la diferencia por origen y fines provee a la ciudad de diferentes matices, culturas y formas de crearla, recrearla y habitarla.

Nuestra propuesta gira en torno al urbanismo como una entidad que no se recrea por fronteras materiales, por el contrario, es allanar en las fronteras simbólicas y estéticas, lo que nos permite reconocer una singular forma de vivir lo urbano. Fronteras simbólicas que hoy más que nunca urge comprender mirando al urbanismo como modo de vida, dado que la heterogeneidad no sólo nos descontrola, nos estresa, limita, nos encierra, constriñe a muros, a límites, a grupos, buscando incesantemente quién pueda compartir nuestra forma de pensar, de ver, en esencia, que comparta una cultura que vivenciamos: “hacemos ciudad”, practicamos en la ciudad, aunque el miedo y la sospecha a lo desconocido forman parte de esa forma de vivir, de ser, la ciudad se vive y se conoce *con* y *en* el miedo, con horarios, con categorías y taxonomías de lugares y personas. En este sentido, no es tan ajena la propuesta de Simmel, hoy las formas de socialización se rigen por exclusión, expulsión, privatización, segregación, debilitando y fragmentando no sólo espacios, sino a las identidades mismas,

un *nosotros urbano* no existe, porque la identidad se forja en *la otredad*, es decir, en *lo que decimos no ser* por oposición.

La intuición y lo fortuito en la práctica del urbanismo

Por ello, este escrito pretende llevarnos a un cuestionamiento acerca de cómo entendemos el urbanismo, qué hace, para qué sirve. Y para responder estas preguntas es importante considerar las referencias que Manuel Delgado aporta al respecto, ya que coincide en pensar la urbanidad como una forma de vida a partir de su estudio sobre Henri Lefebvre, desde el cual establece la distinción entre la ciudad y lo urbano:

La ciudad es un sitio. Lo urbano es algo parecido a una ciudad efímera, “obra perpetua de los habitantes, a su vez móviles y movilizados por y para esa obra”. Lo urbano es una forma radical de espacio social, escenario y producto de lo colectivo haciéndose a sí mismo [...] en él no hay objetos sino relaciones diagramáticas entre objetos, bucles, nexos sometidos a un estado de excitación permanente. A partir de este haciéndose: “hay diversas formas de espacialidad que caracterizan la práctica de la urbanidad como forma de vida [...] espacio percibido, vivido, usado, muy distintas...”

Lo que Delgado nombra ciudad como sitio, Corraliza (2000) lo denomina *hecho urbano*:

Diferentes formas de vida, conflictos sociales y nuevos estilos de vida aparecen vinculados a los procesos de estructuración de la trama urbana. Esto explica la relevancia y significación del hecho urbano en la vida social, en los modelos de actuación, planificación y desempeño individual. Hay que subrayar la importancia de la estrecha y mutua implicación entre el hecho físico de la ciudad, la estructura social que se cobija en ella y las dinámicas personales y biográficas de cada uno de los individuos que la habitan. La ciudad es, pues, el resultado de la confluencia de parámetros de estos tres tipos: físicos, sociales y personales.

La propuesta de Corraliza nos permite comprender el urbanismo como práctica intelectual que resulta o tiene por objetivo una ciudad material, que califique bajo estándares “hegemónicos”, “metas”, “tipos idea-

les” o bien “patrones estándares” tras los cuales se considera a la ciudad como un espacio con calidad de vida, dinámica, sustentable y/o global.

Al respecto M. Delgado (s/f) afirma:

“Aquellos que los arquitectos urbanistas trabajan a partir de la pretensión de que determinan el sentido de la ciudad a través de dispositivos que quieren dotar de coherencia a conjuntos espaciales altamente complejos. La labor del proyectista es la de trabajar a partir de un espacio esencialmente representado o, más bien, concebido, que se opone a las otras formas de espacialidad”, los espacios plazas o lugares son espacios urbanos arquitecturizados, en los que no se prevé la sociabilidad.

Estas propuestas nos permiten insistir en la importancia de pensar el urbanismo a partir de las siguientes interrogantes: ¿para quién es?, ¿con qué fin se imparte y se práctica?

El pensamiento positivista se contentaría con la lectura que Corraliza detecta: “[...] la dinámica de la estructura urbana: primero, las personas construyen la ciudad y los edificios; luego, la ciudad construye a las personas, vale decir, determina su manera de pensar, sentir y actuar”.

Sin embargo, este *hacer* de la ciudad es criticado por diversos teóricos sociales, además de Simmel y Wirth –que Corraliza recupera–, como Robert Park, D. Harvey y Manuel Castells. Los cuales de manera conjunta abonan a plantear el modo de vida urbano como un producto cultural diverso, lo que de manera inicial implica tanto para la enseñanza como para la práctica del urbanismo, la eliminación de pensamientos etnocéntricos; sólo en ello radica la posibilidad de que el urbanismo sea comprendido como un modo de vida, que se enmarque con un sentido “social”, lo que necesariamente invoca a la disposición de un pensamiento abierto a lo singular, a lo requerido y posible, a lo que corresponde de acuerdo con expectativas y capacidades, un espacio no receptáculo, un espacio en movimiento, dinámico.

La apertura a la multiplicidad de experiencias, hace del urbanismo como modo de vida un producto cultural, y a la ciudad nos permite comprenderla en sus hechos no sólo como una construcción material, por el contrario: sienta las bases para coincidir con la propuesta de Jan Gehl, quien plantea “la humanización del espacio urbano: la vida entre edificios”, para comprender el urbanismo como un proceder teórico y científico que tienda los puentes hacia lo desconocido, hacia lo subjetivo, hacia

lo que se vive y se experimenta entre edificios, en la calle, en el espacio público, en la ciudad. Gehl enfatiza en la esencia de la ciudad, la cual apunta a ser un *espacio del peatón*, para ello la ciudad, toda ella, es entonces *espacio público*, porque si éste existe, éste es un fin en sí mismo para que el ciudadano común “esté, camine, aprecie, experimente su entorno, seleccione su estar, su andar”; así el urbanismo sería o podría ser la práctica que *enalteciera lo humano*.

Esta es la comprensión sociológica de lo que el urbanismo es: ver, comprender, compenetrarse, atender la esencia de la singularidad, de la diferencia, de lo diverso. Sólo así se comprendería a la ciudad como un paisaje vasto, como una musa que inspira no sólo a arquitectos, sociólogos, urbanistas. Vale la pena recordar que, para la literatura, es un paisaje rico en detalles; es en este vasto y complejo mundo de perspectivas en el que el urbanismo tiene un reto disciplinario: su abordaje requiere sensibilidad, intuición y, sobre todo, disposición para crear espacios, construir y organizar territorios con historia, lugares con identidades múltiples y, a la vez, singulares, que generen arraigos, memoria y, con ello, añoranzas.

De manera general, el espacio urbano real no es concebido, soporta a la innumerable heterogeneidad de actores y sus acciones reconociendo –a la manera de Simmel– que es el espacio de una interacción siempre superficial y, por ello, hechas de simultaneidad, dislocación y confluencia.

A manera de cierre

Hoy el urbanismo como práctica enfrenta problemas derivados de su proceder técnico y expansionista, el hecho urbano, el sitio, la ciudad, se encuentra en condiciones materiales incosteables, con insuficiencia en servicios básicos como salud, vivienda, agua y espacios públicos, con una crisis de seguridad en su sentido más llano. Por ello, es urgente comprender al urbanismo, antes que disciplina, como *producto humano*. La ciudad llega a ser un entorno construido por la práctica humana del urbanismo, como *modo de vida*, porque es donde se generan procederes y formas singulares de ser. Es una cultura urbana que se recrea en la heterogeneidad social; es dinámica por los procesos sociales inscritos en el espacio-ciudad. La práctica del urbanismo no puede reducirse a pensar la ciudad como un terreno a ordenar y construir, urge atender y recuperar

las repercusiones de su ejecución en los modos de vida. El reto de mirar el urbanismo desde la sociología o como producto social, redirige nuestra atención hacia reconsiderar la urbanización cuyos costos sociales ya son insostenibles.

El modo de vida urbano es una forma marcada, según Simmel, por una *tragedia* o un *malestar de la cultura* propio del *ethos* de la *modernidad*; para Wirth, un modo singular donde las relaciones sociales se caracterizan por ser superficiales, transitorias y segmentadas. Reflexiones aún válidas en pleno siglo XXI, mostrando tendencias y costos que, con el paso del tiempo, se agudizan al *hacer ciudad* de manera tajante, distante e indiferente a los intereses sociales, a la comunidad que la construye, que la vive, y que la habita creando cultura. Sin embargo, el urbanismo que sugerimos no olvida que en su origen el modo de vida urbano fue transformador y violentó la vida de los seres humanos; aún más, no se propone un urbanismo como práctica que pretende enarbolar la nostalgia de una comunidad idealizada como vida de pequeña población y estilo de vida rural solidaria y homogénea –la cual nunca ha existido–; sugerimos la posibilidad de un urbanismo sensible e intuitivo como práctica existencial que se cristalice como forma de vida, abierto a la heterogeneidad social, a la diversidad cultural y al conflicto cultural, reconociendo que la diferencia es un motor que siempre enriquece el quehacer de la ciudad.

Referencias

- Brenna Becerril, Jorge Eduardo (2009). “De la tragedia al malestar en la cultura: Georg Simmel y Sigmund Freud”, *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, núm. 60, mayo-agosto, México: UAM-Xochimilco, pp. 59-79.
- Campos Cortés, Georgina Isabel (2011). “Hacia una resignificación del espacio público: usos sociales de la Plaza Vizcaínas”. Tesis de doctorado en ciencias sociales. México: UAM-Xochimilco.
- Corraliza Rodríguez, José Antonio (2000). *Calidad de vida urbana: variedad, cohesión y medio ambiente*. Madrid, España: Instituto Juan de Herrera [<http://habitat.aq.upm.es/boletin/n15/ajcor.html>].
- Delgado, Manuel (s/f). “De la ciudad concebida a la ciudad practicada” [<http://desmesura.org/nubes/manuel-delgado-de-la-ciudad-concebida-la-ciudad-practicada>].

- Donoso, Roberto (1993). *Antecedentes de la sociología urbana*. México: UAM-Xochimilco.
- Gehl, Jan (2009). *La humanización del espacio urbano: la vida entre los edificios*. Barcelona, España: Editorial Reverté.
- Wirth, Louis (1988). “El urbanismo como modo de vida”, en Mario Bassols Ricardéz, Roberto Donoso, Alejandra Massolo y Alejandro Méndez (coords.), *Antología de sociología urbana*. México: UNAM, pp. 162-182.